

Humildad, Sinceridad y Verdad

Rebeca Reynaud.

Santa Catalina de Siena le preguntó al Señor cómo conocerlo y amarlo más. Jesús se le aparece y le dice:

— *Hija mía, ¿sabes quién eres tú y quien soy yo? Si lo sabes serás infinitamente feliz. Tú tienes que saber que eres la que no es, y Yo, el que es. Si guardas este conocimiento en el fondo de tu alma, el demonio jamás te podrá engañar, y evitarás así todas sus trampas, todos sus engaños, y sin sufrir por eso. Nunca harás algo que se oponga a mis mandamientos, y descubrirás todos los dones de la gracia y todas las virtudes del amor.*

La visión desaparece dejando a Catalina envuelta en una inmensa alegría.

La gente no está orgullosa de ser rica, inteligente o guapa. Están orgullosos de ser más ricos, más inteligentes o más guapos que los demás. Es la comparación lo que nos vuelve orgullosos: el placer de estar por encima de los demás. Una vez que el elemento de competición ha desaparecido, el orgullo desaparece.

A veces pensamos: “Esta persona, ¡qué centrada está, qué ubicada! ¿Cómo le hace?... ¡Cuánto ayuda la humildad a ubicar las cosas! Es como un punto de vista certero.

Si me preguntáis qué es lo más esencial en la religión y en la disciplina de Jesucristo — escribió San Agustín—, os responderé: lo primero es la humildad, lo segundo, la humildad, y lo tercero, la humildad (Epístola 118, 22). Y esto es así porque la humildad es la morada de la caridad (De sancta virginitate 51). Entonces, para ser mejores instrumentos en las manos de Dios, hemos de fomentar la humildad.

Las palabras de San Agustín deberían hacernos temblar: “Los otros vicios nos hacen cometer obras malas; pero el orgullo ataca incluso a las obras buenas para hacerlas perecer”.

La verdadera humildad está mucho en *estar prontos a contentarse con lo que el Señor quiera hacer de mí*, decía Santa Teresa. Y Juan Pablo II decía que le tenía más miedo al estado de bienestar de Suecia que a la persecución de Stalin. La persecución nos hace vibrar; el bienestar lleva a la tibieza al aburguesamiento del alma.

Escribe una mística y dramaturga francesa, Gabriela Bossis, lo que le dice Jesús: Nada es imposible para la efusión de la Sangre de mi Corazón; sin embargo, hay que someter todas las cosas a la voluntad de mi Padre, que ama vuestra sumisión. La sumisión es la expresión de la humildad. Mis mayores milagros fueron hechos para los más humildes, para los que me decían: ‘Yo no soy digno’...o ‘di una sola palabra’... O como San Juan: ‘Yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia’. O como la mujer que dijo: ‘Los perritos comen las migajas que caen de su mesa’. Recuerda lo que te dijeron hace poco: ‘Somos demasiado grandes para ser santos’. ¿Sabes tú que en medio de las otras mujeres mi Madre se creía la última de todas? ... Ofréceme seguido las virtudes que Ella tuvo en la tierra. (*El y Yo*, Gabriela Bossis n. 187).

Michel Esparza dice: “A la larga, el orgullo siempre resulta ser el peor de los vicios y la humildad la más importante de las virtudes” (*La autoestima del cristiano*, p. 28). Michel Esparza dice que el orgullo es competitivo y cegador. Dice “Lo peor que tiene el orgullo es

que es insaciable y competitivo. El orgullo de cada persona –escribe Lewis- está en competencia con el orgullo de todos los demás. Es por que yo querría ser el alma de la fiesta por lo que me molestó tanto que alguien más lo fuera. Dos de la misma especie nunca están de acuerdo. Lo que es necesario aclarares que el orgullo es *esencialmente* competitivo –es competitivo por su naturaleza misma-, mientras que los demás vicios son competitivos sólo por accidente. El orgullo no deriva del placer de poseer algo, sino sólo de poseer algo más de lo que el vecino posee.

La soberbia introduce un elemento de falsedad tanto en la percepción de uno mismo, como en la percepción de los demás. Lleva a ver a los demás como rivales potenciales que ponen en peligro la propia excelencia. “Desde el momento en que tenemos un *ego* – explica Lewis-, existe la posibilidad de poner a ese *ego* por encima de todo –de querer ser el centro- de querer, de hecho, ser Dios. Ese fue el pecado de Satán”.

El cristianismo es paradójico, bien lo entendió San Juan de la Cruz cuando escribe: *Pierde si quieres ganar. / Baja si quieres subir. / Sufre si quieres gozar. / Muere si quieres vivir.*

El santo Cura de Ars decía: “La humildad es el gran medio para amar a Dios. Es nuestro orgullo lo que nos impide ser santos”¹. “No hay nada que ofenda tanto al buen Dios como la falta de esperanza en su misericordia. Es nuestro orgullo el que nos impide avanzar hasta la santidad. Las tentaciones más temibles, que llevan a la perdición a más almas de las que pensamos, son los pequeños pensamientos de amor propio, los pensamientos de estima de nosotros mismos, los pequeños aplausos de autosatisfacción por todo lo que hacemos, por lo que se dice de nosotros”.

Fray Luis de Granada escribe en su *Guía de pecadores*: La soberbia “es apetito desordenado de la propia excelencia”. La soberbia es reina y madre de todos los vicios. “La humildad hace de los hombres ángeles, y la soberbia, de los ángeles demonios” (p. 426). “Así como el principal fundamento de la humildad es el conocimiento de sí mismo, así el de la soberbia es la ignorancia de sí mismo”. Mayor cuidado debemos poner en mirar lo que nos falta que lo que tenemos. “Si deseas alcanzar la virtud de la humildad, sigue el camino de la humillación; porque si no quieres ser humillado nunca llegarás a ser humilde” (p. 433) (...). “En el sufrimiento de las injurias se conoce el verdadero humilde”².

Jacques Philippe dice que “el hombre libre, el cristiano espiritualmente *maduro* –es decir, el que se ha convertido en *hijo de Dios*- es aquel que ha experimentado su auténtica nada, su absoluta miseria”..., pero en ese abismo ha acabado descubriendo una ternura inefable, el amor incondicional de Dios; sólo tiene un apoyo: la misericordia divina; ésta es su total seguridad, su apoyo en Dios lo mantiene protegido de cualquier contratiempo (cfr. *La libertad interior*, p. 158).

La **calidad de caridad** está en la capacidad de escucha, de oír y comprender a los demás, pero, ¿cómo escucho a Dios y a los demás?

¹ Cf. José Pedro Manglano, *Orar con el Cura de Ars*, Desclée de Brower, España 2000, p. 164.

² Fray Luis de Granada, *Guía de Pecadores*, Apostolado de la Prensa, Madrid 1948.

El orgullo es el templo de Satanás; se cura con la práctica de la humildad y con el Sacramento de la Confesión. La Confesión es la puerta del Cielo y la Eucaristía es el Cielo en la tierra. El hombre que se arrepiente, cambia, alumbra.

Hay dos tipos de católicos: el que se arrepiente y pide misericordia y el católico tibio, que no tiene propósito de enmienda: peca sin pelear; ése no verá el rostro de Dios. Hay quienes caen peleando y quienes caen voluntariamente. Lo más importante es conocer la Voz de Dios y adorarlo. Vendrán tiempos más terribles que los que vivimos. No hay territorios neutrales, o estas en el territorio de Dios, o estás en el del demonio. Ningún mérito nos da la salvación; la misericordia de Dios es la que nos gana el Cielo (Cfr. www.marinorestrepo.com).